

Cardenal Dr. Isidro Gomá y Tomás

Parábola de los convidados a una boda regia: Mt. 22, 1-14

Explicación. — Aunque ofrece esta hermosa parábola algunas semejanzas con la del gran convite. Lc. 14. 16-24, con todo, difiere ciertamente de ella, por su misma redacción, por el tiempo en que fue pronunciada, y hasta por el argumento que, siendo en la apariencia análogo, es en el fondo absolutamente distinto. En efecto, en esta parábola enseña Jesús claramente que los judíos, antes nación favorecida de Dios, no secundarán las repetidas invitaciones que se le hacen para que entre en el reino mesiánico; que maquinarán la muerte de los Apóstoles, por lo que perecerán ellos, y su ciudad será destruida por el fuego, siendo en su lugar llamados los gentiles; pero éstos, después de entrar en el reino mesiánico, deberán ser hallados por Dios sin pecado. Es una profecía que se ha realizado ya en casi todas sus partes.

Los convidados primero (1-7). — Habían los sinedristas formado el propósito de perder a Jesús tan luego hubo expuesto la parábola de los viñadores. Entrando en su intención maligna, les propone el Señor otra parábola, cuya doctrina es una explicación o desarrollo de la anterior: en ésta les había anunciado su reprobación; ahora les anuncia su suerte desgraciada. Y respondiendo Jesús a su pensamiento de venganza, les volvió a hablar en parábolas, diciendo...

Semejante es el Reino de los cielos, sucede en el reino mesiánico lo que le sucedió a un hombre rey, que celebró las bodas de su hijo: el rey es Dios Padre; el Mesías, Hijo de Dios, es el esposo (cf. Ps. 44; Ioh. 3, 29; Mt. 97 15); la esposa es la Iglesia (cf. 2 Cor. 11, 2; Eph. 5, 25-27); los convidados son todos los hombres llamados por Dios a los beneficios inmensos de estas bodas divinas.

Y, conforme era costumbre entre los judíos, envió sus siervos a llamar a los convidados a las bodas, y estos no quisieron venir: estos siervos son el Bautista y los apóstoles y discípulos del Señor, que por aquellos tiempos habían llamado al reino mesiánico a los que ya de antiguo habían sido invitados a él por los profetas, esto es, el pueblo judío, que en su mayor parte fue refractario al llamamiento. El rey, Dios, apela a nuevos recursos de su bondad para que vengan los incorrectos convidados a las bodas: Envío de nuevo otros siervos, que fueron los mismos Apóstoles después de la ascensión del Señor, anunciando que estaba ya dispuesto todo lo relativo al gran banquete de las bodas del Hijo de Dios humanado con la Iglesia: inmolado el Cordero inmaculado para la redención y santificación del mundo, instituidos los sacramentos, abiertas las fuentes copiosas de la gracia, confirmándolo todo con milagros con que urgían los siervos de Dios la entrada de aquel pueblo en la Iglesia: Diciendo: Decid, a los convidados: Mirad que he preparado mi banquete, mis tesoros y los animales cebados

están ya muertos, y todo está a punto: venid a las bodas.

Fue indigna la conducta de los invitados con tanta amabilidad a un convite tan regiamente preparado: Mas ellos no hicieron caso, altiva y groseramente despreciaron la invitación: Y marcharon, el uno a su granja, y el otro a su tráfico: prefirieron vivir despreocupados del reino mesiánico, entregados unos a sus placeres, y otros absorbidos por sus negocios terrenos. Hubo otros que fueron aún más malvados; se rebelaron contra los enviados del rey, que hicieron víctimas de su furor insano: Y los demás echaron mano de los siervos, y después de haberlos ultrajado, los mataron: son los judíos de la primera generación cristiana, que hicieron víctimas de su odio a Esteban, a Santiago el Mayor y a Santiago el Menor, y movieron contra todos terribles persecuciones, como es de ver en los Hechos de los Apóstoles y en las cartas de San Pablo.

Contra el crimen de los invitados fulminó Dios sanción terrible, efecto de su justa ira: Y el rey, cuando lo oyó, se irritó: y enviando sus tropas, acabó con aquellos homicidas y abrasó la ciudad de ellos. Es la predicción de la ruina de aquel pueblo y del incendio de Jerusalén por el ejército de Tito y Vespasiano, llamado ejército de Dios, aunque fuese reclutado entre los gentiles romanos, porque fue el instrumento de su justicia (cf. Is. 3, 13; Ez. 29. 18): cuéntase que el misino Tito atribuyó aquel hecho a la divinidad.

Vocación de los gentiles (8-14). — Aunque esta vocación fue simultánea con la de los judíos, se prescinde del tiempo, como ocurre a veces en las visiones proféticas, para el mejor ordenamiento de la parábola. No quiere el rey que por la descortesía y maldad de los primeros invitados, los judíos, se frustren sus planes y sea frustrada su generosidad: Entonces dijo a sus siervos, los predicadores posteriores y los mismos que sufren repulsa: Las bodas ciertamente están preparadas, mas los que habían sido convidados, no fueron dignos: es la definitiva exclusión de los judíos. Lo que posteriormente hará el Apóstol (Act. 13, 46), lo preludia ya Jesús: dejará a los judíos y llamará a los gentiles: Id, pues, a las salidas de los caminos, a las encrucijadas, a los lugares de las ciudades adonde confluyen las rutas de todo horizonte, y donde se juntan las multitudes, y a cuantos encontrareis, convidadlos a las bodas, a todos, sin distinción alguna.

Y habiendo salido sus siervos a los caminos, predicando los Apóstoles en todas las encrucijadas del mundo, reunieron cuantos hallaron, a todos, sin preocuparse de sus cualidades morales, malos y buenos, a saber: aquellos que vivían en el gentilismo vida honrada, siguiendo los dictados de la ley natural, y los que vivían abandonados a sus pasiones. El resultado fue magnífico; y la sala de las bodas se llenó de comensales, aun no pudiendo contarse con los judíos: es la eficacia de la palabra de Dios.

Pero no basta entrar en la Iglesia. Si Dios llama a todos los hombres a las bodas de su Hijo, ello es a condición de que los invitados trabajen en lograr su santidad personal: Y entró el rey para ver a los comensales, y vio allí a un hombre que no estaba vestido con vestidura de boda: es tan diligente el anfitrión real, Dios, que entre tanta multitud no se le escapa un solo hombre

que no ha hecho a sus bodas el honor debido, presentándose a ellas con el vestido ordinario. Y le dijo, sin aspereza, antes dejando al juicio del mismo réprobo su propia condenación: Amigo, buen hombre, ¿cómo has entrado aquí no teniendo vestido de boda? El vestido de boda es la santidad cristiana, la vida ajustada a la ley de Jesús; nadie puede entrar en la Iglesia que no deje las malas obras de su pasada vida. El hombre, que bien sabía a qué le obligaba la asistencia al convite, calla, en lo que se reconoce culpable: Mas él enmudeció.

Entonces, convicto el reo, el rey dijo a sus ministros, a los ejecutores de su justicia: Atado de pies y manos, arrojadlo a las tinieblas exteriores. De pies y manos es atado forzosamente, sin que pueda huir de la justicia divina, el que voluntariamente se ligó al pecado. Las tinieblas exteriores se llaman así por oposición a la sala del festín, espléndidamente iluminada; las tinieblas representan la pena de daño, la exclusión del reino de la luz eterna; y la de sentido, las palabras siguientes: Allí será, el llorar y el crujir de dientes: sin alivio, sin esperanza, en medio de tormentos y dolor eterno.

Termina Jesús su parábola con estas palabras: Porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos. Formulada esta parábola principalmente para indicar la reprobación del pueblo de Dios, debe entenderse la frase en el sentido de que, siendo llamados todos los judíos, sólo algunos respondieron a la invitación. Puede asimismo aplicarse a los gentiles, de los que sólo el menor número han entrado en la santa Iglesia. Y aun puede aplicarse el texto a los pocos que de la misma Iglesia se salvan, habida cuenta del inmenso número de creyentes.

Lecciones morales. — A) v. 2. — *Semejante... a un hombre rey, que celebró las bodas de su hijo.* — Estas bodas, regias de verdad, porque son bodas divinas, son las que contrajo el Verbo de Dios humanado con la santa Iglesia. ¡Qué dignidad la de los desposados! El Esposo es el mismo Hijo de Dios hecho hombre; una persona divina con dos naturalezas, la divina y la humana; Persona que es la santidad esencial como Dios, y que es la máxima santidad a que puede llegar una criatura en cuanto es Hombre-Dios. La Esposa no tiene mancha ni arruga; el mismo Jesús la adquirió con su sangre, de precio infinito. Tálamo de estos divinos desposorios es el seno inmaculado de María, la Madre de Jesús y la Madre de adopción de la misma Iglesia. Y el Padre, que hizo estas bodas, llama, hace ya siglos, a todos los hombres, y les dice: ¡Venid a las bodas! Es condición indispensable para vuestra felicidad ser partícipes de ellas; ellas son, no el símbolo, sino el camino único y verdadero para llegar a las bodas definitivas y eternas del cielo. ¡Qué sabiduría, y qué generosidad, y qué magnanimidad la de Dios al prepararnos estas bodas inefables!

B) v. 3. — *No quisieron venir.* — En su sentido directo, la frase se refiere a los judíos, que rechazaron la predicación de Jesús. Pero, ¿por qué no podemos quejarnos amargamente de que son los mismos cristianos, que ya aceptaron la invitación y entraron en el regio festín de la Iglesia, los que no quieren venir, no quieren estar en el festín, están en él indiferentes, no gustan los divinos manjares que en la Iglesia se les ofrecen, viven como

podiera vivir uno que no perteneciera al gremio de la santa Esposa del Hijo de Dios? ¿Qué les importan a muchos las voces de invitación de los ministros del Esposo, los sacramentos, la gracia, la ley cristiana, las Escrituras, el culto, todo aquello, en fin, que la espléndida generosidad de Dios preparó en la Iglesia de las almas?

c) v. 4. — *Mirad que he preparado mi banquete...* —Este banquete, dicen los Padres, es el opulentísimo banquete de la verdad divina que Dios nos ha revelado: banquete de robustos, porque en él se suministra al humano pensamiento cuanto hay en el mundo de más alto y fuerte en el orden del conocimiento. Banquete regaladísimo, donde los fuertes manjares de la inteligencia se aderezan en las formas más agradables y más fáciles de asimilar por toda criatura racional. "Toros y aves: todo está preparado." ¡Y los hombres no vienen a: este banquete divino! Y con todo, sólo la palabra de Dios, en la que van envueltos estos manjares, es la que puede salvar nuestras almas (Iac. 1, 21). Es decir, que nadie puede sentarse en el banquete de la dicha eterna, donde se dará Dios a sí mismo en pasto a nuestras almas, que quedarán saciadas, si antes no se sienta en este banquete de la verdad, que es como preludio y degustación intelectual del banquete eterno de la gloria.

D) v. 9. — *Id, pues, a las salidas de los caminos...* —Los caminos, dice el Crisóstomo, son todas las profesiones de este mundo, como la filosofía, la milicia, etc.; y en este sentido, la invitación se refiere a la universalidad de estados o maneras de vivir. O bien se entiende por caminos las distintas maneras de vivir de los hombres, buenas o malas, como se dice que andamos por buenos o malos caminos; y así la invitación se refiere al orden moral en que cada uno vive. Que nadie desespere, pues. Ni hay condición ajena a la vida cristiana, porque ante Dios no hay acepción de estados ni personas (Act. 10, 34; Gal. 3, 28); ni vida tan infeliz que no sienta el llamamiento de Dios, que ha querido que a muchos precedieran los publicanos y meretrices en el Reino de los cielos (Mt. 21, 31).

E) v. 11. — *Y entró el rey para ver a los comensales...* — No que Dios deje de estar en alguna parte, dice el Crisóstomo, sino porque se dice presente donde quiere mirar para: juicio, y parece ausente de donde no quiere hacerlo. Y el día del escrutinio judicial es el día del juicio, cuando visitará a los cristianos que se sentaron a la mesa de sus Escrituras.

F) v. 12. — *¿Cómo has entrado aquí no teniendo vestido de boda?* — ¿Qué debemos entender por el vestido nupcial sino la divina caridad?, dice San Gregorio; porque ella fue la que vistió el Señor cuando vino para desposarse con su Iglesia. Entra en las bodas, pero sin vestido nupcial, el que tiene fe, pero carece de la caridad. O entra en la Iglesia sin el vestido nupcial el que no busca la gloria del Esposo, sino la suya propia, dice San Agustín. O el vestido nupcial son los preceptos del Señor y las obras realizadas según la ley y el Evangelio y que constituyen la vestidura del hombre nuevo, dice San Jerónimo.

(Tomado de "El Evangelio Explicado" Vol. IV, Ed Casulleras 1949, Barcelona,

Pág. 45 y ss)